Unas cenizas que 'cantan' gregoriano

DANIEL GÁLVEZ

Un tipo listo y sin escrúpulos hecho por él mismo, embaucador, estafador, negociante, traficante, espía, fugitivo, agente secreto, crápula, banquero, y ahora dicen que muerto. Pero lo que jamás se puede decir de Paesa es que sea tonto.

Lo increíble es que un tipo de clase media, sin más adornos, llegara a encaramarse a una posición privilegiada aunque, eso sí, poco tranquila, en la que llegó a disponer de cuanto le rodeaba. Este madrileño vio la luz en el trágico año de 1936 y el exotismo de su personalidad afloró 25 años después cuando se casó con la francesa Françoise Dubois. Casi al tiempo se 'casó' con Francisco Macías, el canalla guineano que le presentó Antonio García Trevijano. El romance dio sus primeros frutos tras convencer Paesa a Macías de que era el personaje idóneo para gestionar el Banco Central de la República de Guinea Ecuatorial. Pero lo gestionó tan sólo para su personal beneficio con los procedimientos del más burdo estafador. El producto de su primera gran golfada descansó en Suiza donde Paesa había planificado un nuevo golpe. Le pillaron, fue acusado de estafa y conoció los calabozos helvéticos.

Entre sus comienzos, brevemente esbozados aquí, y la última de sus apariciones en la prensa, esta vez en forma de cenizas con esquela y todo, hay muchos atropellados episodios. Desde el romance apasionado y escandaloso que vivió con la indonesia Dewi Sukarno hasta las misas gregorianas que han encargado al abad de San Pedro de Cardeña, Burgos –gregorianas para que lleguen antes al cielo, dicen los expertos–, hay muchos personajes. Tantos, que con ellos se puede confeccionar un árbol genealógico que, de no haber sido así el talante de Paesa, éste jamás lo habría soñado.

Francisco Paesa creó un banco en un paraíso fiscal del Caribe, el Trust Development Bank, y hasta puede que su historial inspirara a los creativos de la campaña del Curro ese que se escondió por aquellas aguas. Incansable, Paesa diseñó el desenlace de la fuga de Roldán, un personaje con el que le unía un especial interés económico.

Paesa creó un banco en un paraíso fiscal del Caribe, el Trust Development Bank, y hasta puede que su historial inspirara a los creativos de la campaña del Curro ese que se escondió por aquellas aguas. Fue traficante de armas, confidente de la policía, agente secreto al servicio del Ministerio del Interior español y el hoy clamoroso abogado, Manuel Cobo del Rosal, fue puente entre el entonces ministro Juan Alberto Belloch y Paesa para asuntos del GAL y del episodio Roldán.

Incansable, Paesa diseñó el desenlace de la fuga de Roldán, un personaje con el que le unía un especial interés económico. El escenario elegido, Extremo Oriente, se acabaría convirtiendo en algo común para ambos 'pájaros'. Paesa y Roldán quedaron unidos así en la chusca detención del segundo por dos policías de confianza de Belloch, uno de ellos Rafael Bermejo.

Ahora los acontecimientos se vuelven a situar por aquellas latitudes desde las que parece que, ingenua y onomatopéyicamente, nos quieren hacer creer que a Paesa el corazón le hizo ¡Bang!, y él hizo contra el suelo ¡kok! Ni allí ni aquí se digieren las causas y los resultados esgrimidos por los familiares del intrépido madrileño que rechazó un puesto en el Rastro y se lo montó como ya se ha dicho.

Paesa, aunque tuviera el cáncer que dicen sus ex compañeros del Ministerio del Interior, tenía últimamente, no es un temperamento como para conformarse, entregarse o morir en una cama de cualquier exótica prisión. Con sus conocimientos, sus contactos, su natural habilidad y el patrimonio amasado durante su azarosa vida, es más probable cualquier otra versión. Que le sigan buscando por Tailandia mientras él, tras una cirugía estética y una nueva identidad, en su Mitsubishi Montero, puede estar aviando las cepas en la Ribera del Duero; puede que esté de beata vestida de negro en San Pedro de Cardeña oyendo cómo 'cantan' sus cenizas o de viejecito ludópata en un salón de máquinas tragaperras del centro de Madrid haciendo cualquier 'encargo'.

Estas cosas suelen acabar así. Incluso en las pantallas, material hay de sobra, que es donde los que viven al límite suelen acabar mitificados. Aunque, si algún día hacen una película de Paesa, el final será un tanto ridículo. Y lo que es mejor, la banda sonora ya está resuelta: gregoriano a tope.

NUESTRA CIUDAD

Luis García de Vegueta

Los isleños: lenguaje coloquial

Cuando todavía estaba vigente el habla o palabrerío, antes del influjo peninsular a través de la tele, los chicos de la escuela se defendían de las acusaciones ajenas mediante una fórmula mágica, que dejaba sin argumentos a los adversarios de la misma o parecida edad.

— Yo no he sido, la verdad de Dios.

A la gente de ahora, incluidos los especialistas universitarios, les cuesta trabajo imaginar el alcance de la lengua coloquial del tiempo de nuestros padres, donde imperaban más los matices, las insinuaciones, inherentes a ciertos vocablos, incluso los netamente castellanos, que las palabras o modismos de pura invención isleña, cargados casi siempre de ironía cuando no de doble intención.

Lagarto verde, rayado,
sorroballado en los riscos,
desgraciada la mujer
que te mire pa'l jocico.

Se trata de una copla de sabor canario que incluye la voz 'sorroballado', uno de los diversos ecos portugueses del habla popular en nuestras islas. Nos recuerda también el cruce de frases más o menos indirectas que se dedicaban hombres y mujeres en los bailes campesinos, al estilo de las payadas argentinas y en general del folklore sudamericano.

En el *Léxico de Gran Canaria*, de los hermanos Millares, se ilustra la definición del verbo original mediante una expresiva elocución.

— El niño se ha estado sorroballando en la arena.

Nuestra máxima creación lingüística, el gofio, debido a los aborígenes, se ha difundido por América y cuantos lugares han frecuentado los isleños. Además nos sirve para registrar nuestro estado de salud.

— ¿Que cómo me encuentro? De gofio, usted.

PUNTO FINAL

FERNANDO G. DELGADO

La lonja de Trillo

Como nunca he estado en el gobierno ni en la oposición y hasta me ha parecido que en alguna ocasión se intercambiaban los papeles, pues andaba yo desnortado hasta que ha venido Mariano Rajoy a aclararme que las cosas no se ven lo mismo cuando se está dentro que cuando se está fuera. Desde fuera, los altos cargos, como hemos visto, parecen muchos, y desde dentro, poquísimos. Federico Trillo no sólo se ha cambiado de lentillas desde que está dentro, sino que ha abandonado aquel lenguaje montaraz y de marino alegre, tan vivificante desde la oposición, por este papel de paciencia moderada con que ejerce su tarea presidencial parlamentaria. Pero el verano le aviva la sinceridad y con el fresquito de El Escorial dice cosas que están bien. Por ejemplo: que el debate del estado de la Nación es inútil y lo gana siempre el gobierno. La verdad es que el gobierno gana todos los debates por acción o por omisión. En el Parlamento ganar o perder no depende de buenas razones sino de que cualquier locura cuente con votos. Y los votos, ya se sabe, dependen de un toma y daca y no precisamente de brillantes argumentos. Si hay un debate que puede interesar algo a los ciudadanos es ese del estado de la Nación, pero no debe de preocuparse el presidente de sus señorías, que si su confesión de inutilidad es un anuncio de que va a acabarse el tal debate tampoco vamos a morirnos de disgusto. Ya estamos acostumbrados a oír las voces de su Congreso como quien oye llover. La relevancia política del Parlamento ni empezó en el 93, como ha dicho, ni el 96. Lo que empezó, acabadas las mayorías, fue el trueque, el cambalache. Él preside una lonja y no lo sabe.

CARLOS